

- GOFFMAN, Erving. 2001. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu
- GRIESBACH, Margarita. 1997. *Con la calle en las venas*. México: Ednica
- LORENS, Manuel. 2005. *Niños con experiencia de vida en la calle. Una aproximación psicológica*. Buenos Aires: Paidós
- LUCCHINI, Ricardo. 1996. *Niño de la calle: identidad, sociabilidad y droga*. Barcelona: Libros de la Frontera
- MACCISE, Mónica. 2006. *Niños y niñas en situación de calle y la discriminación en el acceso a la educación, salud y justicia*. México: CONAPRED
- MAGARIÑOS, Juan. 2010. *La construcción semiótica de la historia. Relación entre Historia de la Humanidad y la Historia de los Sistemas Semióticos*. Disponible en línea el 3 de abril de 2010 en: <http://www.magarinos.com.ar/LA-CORUNA.pdf>
- OSORIO, Alejandra y Victoriano, Felipe. 2009. *Postales del centenario. Imágenes para pensar el porfiriato*. México: Universidad Autónoma Metropolitana
- SIMMEL, Georg. 2001. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Ediciones Península
- STAELENS, Patrick (comp.). 1991. *La problemática del niño en México*. México: UAM
- VELASCO, Rómulo. 1935). *El niño mexicano ante la caridad y el Estado. Apuntes históricos que comprenden desde la época precortesiana hasta nuestros días*. México: Beneficencia Pública en el DF
- ZÁRATE, Verónica. 2009. "Los pobres en el centenario" en PROCESO Fascículos coleccionables No.6 *La fiesta interrumpida*. Publicación mensual de la revista PROCESO BI-centenario No. 6 septiembre de 2009
- ZOLIA, Antonio. 2007. "Los niños en la historia. Los enfoques historiográficos de la infancia" en *Takwá* Núms. 11-12, primavera-otoño, pp.31-50

Conmemoración e Imagen: una reflexión del Centenario de la Independencia

Felipe Victoriano

RESUMEN

El gobierno de Porfirio Díaz se caracterizó por ser un proyecto modernizador que tuvo como principio articulador la idea de orden. El orden estaba asociado al progreso, y esto implicaba la normativización positiva del país. En este sentido, los procesos modernizadores fueron indisolubles de los mecanismos de difusión públicos, a través de los cuales el Estado publicitaba el progreso. En este contexto, los registros fotográficos y, principalmente, las imágenes postales realizadas durante el porfiriato, reflejan el sentido edificante de una cultura y de una nación que logra estructurar un discurso nacional a partir de la idea de progreso. El porfiriato construyó, material y simbólicamente, un nuevo sentido de la patria a través del Estado, cuyo momento paradigmático fue, sin lugar a dudas, la organización de la fiesta de conmemoración de los cien años de la Independencia, en septiembre de 1910. Este texto propone una lectura de la conmemoración del Centenario durante el porfiriato, intentando recrear el contexto político y cultural en el que este acontecimiento toma lugar.

Palabras claves: Centenario de la Independencia, porfiriato, fotografía, tarjeta postal.

ABSTRACT

The government of Porfirio Díaz was characterized as a modernization project that had as its articulating principle the idea of order. The order was associated to the progress and this involved a set of political decisions concerning the regulation of the country. The processes of modernization were inseparable of the mechanisms of public display through which, the state publicized the progress.

In this context, photographic records and mainly postal images made during the porfiriato, reflect the state discourse in which the Porfiriato constructed, materially and symbolically, a new sense of a nation. Without a doubt, the most paradigmatic moment was the organization of the celebration to commemorate the Centenary of Independence in September 1910. This essay proposes a reading of this celebration, trying to recreate the political and cultural context in which this event takes place.

Key words: centenary of independence, porfiriato, photography, postcard.

EL CENTENARIO DE PORFIRIO DÍAZ A LA LUZ DE SU ÉPOCA

Precisamente en tiempos en que se postula la crisis de los Estados-nacionales y sus estructuras de inscripción, de los fundamentos en los que la identidad se afirma, sea nacional o política, e incluso cultural, lingüística; en tiempos de *globalización* financiera y expansión de tráficos de capitales, de humanos, de mercancías, donde la época se postula como desestructuradora de las lógicas de incorporación y agregación social, poniendo en crisis (planetaria, mundial, pandémica) las instituciones clásicas de socialización y al propio sujeto interpelado por lo nacional. Entonces: precisamente habría que preguntarse por el sentido que tiene hoy conmemorar nacionalmente algo, por ejemplo, preguntarse por aquello que conmemora la conmemoración, de cómo se representan estas crisis en ella y, en lo fundamental, a qué sujeto político convoca esta fiesta cívica.

En este sentido, un análisis de la fiesta de conmemoración del Centenario de la Independencia, organizada por el gobierno de Porfirio Díaz hace exactamente cien años, podría hoy resultarnos instructivo. Esto, debido no sólo al acto inmediato de comparación que nos induce la secuencia historiográfica que compartimos, a través de la que podríamos proyectar los sucesos de septiembre de 1910 sobre aquellos que en la actualidad se desarrollan en vísperas al Bicentenario. También debido al hecho de que, con el Centenario, se instituye una forma de concebir

la conmemoración de lo nacional, una forma política de la fiesta cívica que ha perdurado a través del tiempo, y cuyo rasgo más significativo es el rol articulador que en ella cumple el Estado. De este modo, las conmemoraciones han sido acontecimientos esencialmente políticos, a través de los cuales se puede leer el impulso ideológico que las concibe.

Respecto de la conmemoración del Centenario de la Independencia, habría un conjunto de aspectos que valdría la pena retomar. En primer lugar, el hecho de que se tratara de los cien años transcurridos desde los acontecimientos que dieron inicio a la fundación del Estado mexicano, constituyó una marca singular respecto de cualquier otra que se arrojara el epíteto de conmemoración política, o que resaltara hasta entonces en el calendario cívico de la nación como fecha insigne. Los cien años marcaron una estación de tránsito para el imaginario político de entonces, un punto de inflexión a través del cual evaluar la marcha de los tiempos y constatar los rasgos que había adoptado el despliegue singular de la historia. Un parte aguas en la dinámica modernizadora del siglo XIX, de sus conflictos de identidad y soberanía, y la apertura a un nuevo siglo que iluminaba un horizonte promisorio, cargado de expectativas de consolidación política y cultural. Los cien años representaban, digámoslo así, un paso simbólico a la madurez, a la "mayoría de edad", en el que se puede apreciar el tiempo acumulado como etapas de un desarrollo proyectado desde un punto ciego del tiempo, el cual ha perdurado hasta nosotros bajo el nombre de la Independencia.

En segundo lugar, la Independencia conservaba para el gobierno de Porfirio Díaz un hálito moderno incuestionable; a decir: la valorización del presente como instancia de gestación de las significaciones políticas futuras. El Centenario buscaba reeditar la Independencia reeditando su energía instituyente. Digamos que se trataba de conmemorar el evento que abría la condición de posibilidad de toda celebración nacional. Esto último, debido a que en ella se proyectaba la huella de un acto fundante que tenía por objeto actualizar aquellas voluntades e ideales políticos de cuyo seno emergió el Estado moderno, naciendo con ello el espacio de representación en que se dotaba de sentido lo histórico nacional mismo.

Aquella singularidad marca también el curso que adopta el proceso de consolidación del Estado tras la descomposición de las rígidas instituciones coloniales, y cuyo gran desafío era construir una nueva homogeneidad cultural al interior de un territorio aún de límites imprecisos, y sobre el plano de efectividad de una ley centralizada y racionalizadora capaz de organizar las particularidades emergentes en el plexo caótico de la vida social. Así, el Centenario celebrado en 1910 conmemora un acto instituyente de la historia nacional del país, un acto original que tiene por objeto la fundación no sólo del sujeto destinado a apropiarlo y disponerlo como un hecho significativo, sino también la producción del plano simbólico en el que este sujeto debe trazar su consciencia histórica y formar su identidad.

Ahora bien, si la Independencia se encuentra dotada de un espíritu moderno (en el sentido de que las clases dirigentes que la impulsan habían logrado constituir un "nosotros" lo bastante denso como para proyectarse en el tiempo como una sustancia histórica creadora de sentido), el Centenario que la conmemora se encuentra por el contrario imbuido de un carácter modernizador. Esta oposición entre modernidad y modernización no sólo expresa en México una distancia temporal entre dos concepciones destinadas a resolver el ingreso de la nación a las dinámicas expansionistas de un capitalismo cada vez más mundial, y una cultura de masas cada vez más inclusiva. También expresa la distancia entre revolución e institución, entre política instituyente y desarrollo planificado. Para el modernismo ilustrado del siglo XIX la tarea era, sin lugar a duda, destruir las estructuras coloniales para fundar un proyecto de Estado-Nación capaz de articularse, política y económicamente, en el mapa de las naciones racionales y libres de Occidente. En cambio para la modernización el problema no es solamente asegurar una identidad plena que permita la inserción del Estado a las dinámicas económicas y políticas mundiales (globales, diríamos hoy en día), sino, por el contrario, en acelerar al máximo dicha inserción. La modernización es la aceleración como cambio social, y esto debido al influjo positivista en cuyo saber la modernidad mexicana cultivó su confianza en el progreso y en las leyes irrecusables del desarrollo.

Respecto de esto último, agreguemos que durante el Siglo XIX comienza a gestarse en México un conjunto de expectativas en torno al conocimiento científico que el siglo XX promete consumir. El siglo XX se imagina como la realización del progreso científico y sus prodigios técnicos, en un plano ideológico de valorización de lo nuevo y lo exótico, y en un contexto de masificación de una demanda cada vez más específica de conocimiento. No olvidemos también que la creciente mecanización de la producción genera la fantasía de la automatización de la vida, y con ello, la posibilidad futura de contrarrestar los padecimientos de la aceleración modernizadora en función de un nuevo horizonte tecnológico de bienestar. El avance de las comunicaciones, la urbanización, los adelantos de la técnica, fueron verdaderos emblemas del cambio de siglo: en ellos se refleja el espíritu de una época que avanzaba gradualmente hacia la consumación del desarrollo, haciéndose con ello cada vez más visible los inconfundibles signos de productividad y eficiencia tecnológica de la ciudad moderna.

Sin embargo, el cambio de siglo representa también una crisis en la representación social de aquellos sectores identificados con las instituciones y los espacios simbólicos que la racionalización de las ciudades iba descomponiendo en su marcha al progreso. La ciudad debía reconstruirse sobre las ruinas de una urbe disfuncional para los grandes propósitos nacionales, y proyectarse sobre el diseño cívico de organización racional del espacio público. Así, la Ciudad de México de comienzos del siglo XX exhibe un paisaje de tránsito, repleto de restos de una época en proceso de dismantelación y, simultáneamente, colmado de elementos que denotan los rasgos de una nueva fisonomía: orgánica y tumultuosa. En este sentido, existen múltiples testimonios finiseculares que dan cuenta de estas contradicciones en el ámbito biográfico, muchos de ellos experimentados desde el vacío existencial que implicó la desaparición repentina de los sistemas tradicionales de referencia social. "Las grandes ciudades —escribe en 1892 Federico Gamboa— ofrecen un aspecto singular y característico: las aceras, anchas y recién embaldosadas; las casas en construcción, con su acumulamiento de materiales, los

huecos, sin marco, las puertas y ventanas, como cavidades de cráneos antediluvianos”¹.

Digamos que la fragmentación interna y la demanda de subjetividad que la modernización suscitaba posibilitaron la emergencia de contradicciones fundamentales sobre la superficie de la vida social mexicana. Son contradicciones vitales en la medida que reflejan el impulso destructor del progreso y su consiguiente dinámica de homogeneización de las particularidades sociales, homogenización casi siempre concebida sobre calcar modelos foráneos o por la promoción de discursos destinados a reconstruir institucionalmente una tradición en vías de extinción, en un gesto de compensación a los violentos cambios que la modernización generaba.

La fiesta de conmemoración del Centenario también marca el fin de un régimen, el de Porfirio Díaz (1877-1910), que se extendió aproximadamente durante 30 años como una bisagra entre dos siglos postulados en el imaginario finisecular como antinómicos. Esta época ha sido denominada por la historiografía nacional como el “porfiriato”, puesto que en la figura del dictador se sintetiza un nuevo paradigma de personificación de la gestión política y la administración del Estado, en cuyo ideario se define el proyecto liberal de consolidación estatal y racionalización positiva de la sociedad mexicana.

Como rasgo general, tal vez debido a su regularidad en el tiempo y el consustancial debilitamiento de una oposición ideológica, en el gobierno de Díaz se cristalizan diversos discursos intelectuales y tradiciones académicas que, en otro contexto político, hubieran fracasado como entelequias infecundas y fragmentarias. Son mayoritariamente extranjeras, cultivadas con pasión en el siglo XIX por la inteligencia europea, precisamente donde se forma el intelectual orgánico de aquellos complejos procesos de organización estatal que le siguen a la Independencia. El positivismo trae consigo una constelación de conceptos que inundan con sus sentidos e interpretaciones no sólo el ámbito académico (que por entonces no dejaba todavía de ser un grupúsculo de intelectuales aficionados a lo exótico y

fascinados por la técnica), sino también los programas administrativos del Estado. La mecánica como ideograma de los procesos físicos y naturales, y la noción evolucionista de la historia, habían establecido una dinámica de transferencia en donde cualquier fenómeno de las llamadas ciencias humanas era susceptible de develar la ley que regía sus manifestaciones. Las instituciones del Estado, la salud, la educación, la economía, debían por tanto exhibir la ley que las dirige y la ciencia que las inspira. Y es que el paso que va desde los métodos científicos de conocimiento a los protocolos que rigen la administración de la sociedad constituye un paso epistemológico, el cual fue descrito por Michel Foucault como la conexión entre el campo de conocimientos sobre los sujetos y la aparición de la sociedad disciplinaria en el siglo XIX.²

No es de extrañar, entonces, que la celebración del Centenario haya sido obra de la planificación positivista porfiriana y que, además, se inserte como un ejemplo de consumación de la eficacia administrativa del régimen. Tampoco debiera extrañar el inicio de la Revolución dos meses después de la pomposa fiesta, como si el acto más grande concebido alguna vez por el Estado mexicano estuviera destinado a eclipsar el descontento acumulado y la exclusión, en un gesto propagandístico hasta entonces inédito. Preguntémonos ¿sobre qué mentalidad los organizadores del Centenario lo imaginan, sino en función de los temores que se proyectan como una catástrofe irreversible? El último acto del régimen consiste en producir la última instantánea de la época, una imagen que resumiera los logros de la modernización y su fuerza racionalizadora, y en cuyo esplendor se invocara la unidad simbólica de un pueblo en paz.

IMAGEN Y CENTENARIO: EL ARRIBO DE LA TARJETA POSTAL

Otro aspecto interesante de la conmemoración del Centenario de la Independencia es aquello que vincula la imagen técnica y el poder. Si bien hoy en día resultan ser indisociables entre sí, fundamentalmente en el terreno de la llamada comunicación política, durante el porfiriato

¹ Gamboa, F., (1892), *Apariencias*, Buenos Aires, Jacobo Peuser, pág. 370.

² Cfr. Foucault, M., (2003), *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.

la emergencia de los soportes técnicos de la imagen visual inauguran un nuevo formato de control político, un campo de visibilidad social por entonces inédito.

Y es que la imagen técnica, cuyo emblema por entonces es la fotografía, nunca fue ajena a los dispositivos de control que la modernización requería para acelerar el tiempo hacia el progreso. Desde su nacimiento ha estado asociada a la mirada proyectada por las llamadas instituciones de vigilancia. Ronald Barthes, en un texto ya clásico sobre la fotografía, nos recuerda que "ciertos partidarios de la Comuna pagaron con su vida su complacencia en posar junto a las barricadas: vencidos, fueron reconocidos por los policías de Thiers y casi todos fusilados"³.

Digamos que la fotografía extiende el campo de visibilidad que requiere la mirada taxonómica del poder para comprender y predecir los comportamientos de los sujetos, precisamente en tiempos en que la ciudad es objeto de explosiones demográficas y foco reiterado de enfermedades contagiosas. Los dispositivos de control ven tempranamente en la imagen fotográfica un medio idóneo para extender sus principios normativos, los cuales estuvieron asociados al registro racial, a la ficha policiaca, al catastro de salubridad de prostitutas, pobres y enfermos.

Pero hay otra relación entre fotografía y poder que no se vincula necesariamente a las instituciones de vigilancia, y que tiene que ver más bien con los sistemas generales de representación cuya estructura comienza a definirse a través de los nuevos dispositivos visuales que la fotografía posibilita.

Para empezar la imagen técnica se postula bajo una fuerte fundamentación científica, la cual se encuentra asociada a los desarrollos de la óptica, la química y los conocimientos en torno al comportamiento de la luz. Esto hace posible que el propio concepto de captura de la realidad, que la fotografía propone como su principio técnico, se presente como la consumación del anhelo de objetividad científica de una sociedad

³ Barthes R., (1989), *La Cámara Lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Editorial Paidós, pág. 41.

educada sobre los ideales del realismo epistemológico. En la medida que la fotografía no es una copia de la realidad, sino un fragmento nítido extraído de la sustancia misma que la compone, el impacto sobre la percepción opera como un punto de ruptura respecto de la noción compositiva del mundo, en donde el dominio estético y cultural habían depositado su confianza en las artes. Su masificación (en virtud de una demanda cada vez más diversificada) y el abaratamiento de los costosos procesos de producción, hacen de la imagen técnica una fuente inagotable de objetividad, circulando en las grandes ciudades como patrimonio material del desvelamiento racional del mundo. Esto último, debido a que la imagen fotográfica no ilustra las crónicas noticiosas, sino que las documenta. Tampoco retrata la individualidad, sino que la captura en sus rasgos más singulares. En ella, el tiempo puede ser detenido y diseccionado, y la historia, por primera vez, editada y presentada de acuerdo a una sucesión de instantes congelados artificialmente.

Los intensos procesos educativos y de instrucción que promovió el Estado mexicano, asociado a los cambios demográficos, la ampliación de las comunicaciones y la expansión de un comercio interno, generaron en la ciudad del porfiriato una suerte de optimismo público representado por un tipo de consumidor curioso, atento a las exigencias culturales que el nuevo escenario modernizador iba imponiendo. Es sin lugar a dudas un consumidor de los discursos normativos que reglamentan lo ciudadano, pero también el fundamento de un mercado cultural vinculado a los soportes ideológicos del Régimen. Digamos que la historia oficial vive con la fotografía un vuelco significativo: no sólo sirve como soporte de circulación de los complejos mensajes reformadores de la conducta cívica, sino también como mecanismo de intervención identitaria, induciendo un verdadero patrón de consumo en una época marcada por la estandarización del gusto y la necesidad de aprehensión de lo propio.

El porfirismo construyó, material y simbólicamente, un nuevo sentido de la patria a través del Estado, arrasando a su paso con toda una historia anterior caracterizada por la fragmentación y la diversidad ideológica de sus fuentes.

Un ejemplo significativo podrían ser los libros escolares escritos por Justo Sierra, publicados en pleno porfiriato y designados como el principal material de instrucción sobre la historia del país: *Elementos de la Historia Patria* y *Catecismo de la Historia Patria*. En ellos opera un cambio radical en el modo en que había sido contada la historia, hasta entonces, el relato de un conjunto de acontecimientos relevantes encadenados por una causalidad objetiva. En Sierra aparece la narrativa patriótica, los símbolos nacionales, las frases solemnes, y también la necesidad de homogeneizar un discurso histórico oficial susceptible de ser administrado por la educación pública del Estado. A comienzos del siglo XX *Elementos* ya contaba con una quinta edición con 10.000 ejemplares. Y es que, aunque escritas con simpleza, conciben una historia comprometida y localista, con un punto de vista, diseñado para formar espíritus que debían, con el tiempo, asimilar a su conducta cívica el conocimiento del origen de las instituciones nacionales. Más que descripciones históricas, las historias de Sierra poseen escenas pedagógicas destinadas a actualizar los valores esenciales que requiere el presente de la nación, formando para ello una imagen accesible, una trama representable a través de los soportes técnicos con que dispone el Estado⁴.

Digamos que bajo el régimen de Díaz se elabora, por vez primera, un discurso sistemático de cultura nacional, cuya eficacia es atribuible a los dispositivos técnicos visuales que comienzan a poblar el mundo. Es así como el imaginario fotográfico durante el porfiriato buscó la reafirmación de una serie de valores nacionales y patrióticos que habían estado bajo constante polémica desde la independencia, y que se habían agudizado por los conflictos imperialistas y las determinaciones territoriales. Bajo el régimen de Díaz, estos imaginarios patrios, desde la bandera y los héroes nacionales, hasta la comida y los tipos populares, son utilizados como parte fundamental del discurso institucional en la búsqueda de los elementos que configuren una cultura nacional ho-

⁴ Cfr. Bazant, Mílada, (2006), *Historia de la Educación Durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, pág. 65-70.

mogénea, que responda de un modo eficiente al proceso modernizador en curso⁵.

El Centenario de la independencia estuvo atestado de esta narrativa oficial, convirtiendo a la fotografía en el medio por excelencia para proyectarla sobre el imaginario popular que, tras 30 años de intensa conformación, comenzaba ya a exigir íconos para anclar su experiencia nacionalista. El hecho de que hayan sido o no efectivos a la hora de consumir un sujeto nacional pleno, deja de ser relevante si se considera la relación inversa, a través de la cual el Régimen imagina su capacidad simbólica de intervención sobre el imaginario social, en función de un conjunto de dispositivos técnicos que tienen a la imagen como fundamento. Sin embargo, de los muchos acontecimientos que habría que enlistar y analizar respecto a la relación que establece el porfiriato y, principalmente, el Centenario con la imagen técnica, apuntemos brevemente aquellos que resultarían esenciales.

En primer lugar, la masificación de las instantáneas fotográficas producto del desarrollo técnico de los equipos portátiles y las cámaras de mano que comienzan a arribar al país iniciado el siglo xx. En ellas descansa una verdadera revolución visual en la medida que logran vulnerar los estándares económicos y los principios artísticos que poseía la fotografía, haciendo de la instantánea un pasatiempo popular, una imagen ajustada a los cánones estéticos del pueblo. Asociadas a una naciente industria de masas y a un exiguo mercado cultural, las instantáneas comienzan a invadir masivamente la ciudad y a generar una masa anónima de aficionados, coleccionistas, retratistas de lo cotidiano, de lo efímero. A un nivel simbólico, logran también conciliar las necesidades de seguridad y fijeza identitaria de un sujeto imbuido de un vértigo ontológico ante la aceleración del tiempo provocada por la modernización. Las instantáneas capturan fragmentos del presente que, de otro modo, serían devorados por el devenir inexorable del desarrollo.

⁵ Cfr. Florescano, Enrique (Edit.), (2002), *Espejo Mexicano*, México, F.C.E.

En segundo lugar, y asociado a lo anterior, se encuentra el hecho de que el auge de la fotografía posibilita un desplazamiento en los procesos de producción cultural desde el Estado a la sociedad. Digamos que el primer monopolio fotográfico lo tiene el técnico, una suerte de químico y esteta formado en las artes del retrato y el comportamiento de la luz. En México tal vez el estudio de Cruces y Campa, ambos reconocidos bajo la rúbrica de fotógrafos profesionales, constituya el ejemplo más notable de la producción fotográfica de autor⁶. Después viene el monopolio de los publicistas e impresores, de la prensa ilustrada y de los estudios fotográficos extranjeros, los cuales comienzan a estandarizar los formatos en función de las exigencias del público, ahora diverso y a escala planetaria. Con la llegada de las instantáneas, la producción de imágenes cuenta con un nuevo actor, esta vez más diseminado y dotado de un sólo atributo: la singularidad irrepetible de su mirada. Se trata del aficionado, del curioso, del coleccionista, de aquel anónimo individuo que, cámara en mano, documenta en imágenes los pormenores de su tránsito por la vida. Y es que con la llegada de este actor acontece también la descentralización de la producción de imágenes, las que ya no dependen más del rigor científico ni de la estandarización industrial. Los álbumes de familia y las tarjetas de visita fueron los emblemas de esta experiencia popular de documentación, capaz de convertir en acontecimiento visual aquellos instantes privados y ordinarios de la existencia.

Por último, la tarjeta postal. Si existe en el porfiriato un punto de intersección entre la experiencia cotidiana de la imagen técnica y el discurso normalizador proveniente del Estado, sería precisamente la imagen fotográfica bajo formato postal⁷. Dos eventos lo consignan. Por un lado, la habituación cada vez más generalizada de amplios sectores sociales a los sistemas de representación asociados a la imagen técnica; por otro, la producción a escala industrial de tarjetas postales, asociado

⁶ Cfr. Massé Zendejas, P., (1998), *Simulacro y elegancia en tarjetas de visita. Fotografías de Cruces y Campa*, México, INAH.

⁷ Cfr. Osorio, A.; Victoriano, F., (2009), *Postales del Centenario. Imágenes para pensar el porfiriato*, México, UAM.

a su bajo costo, su accesibilidad y al conjunto de temáticas nacionales que inauguran comercialmente. Digamos que la tarjeta postal durante el porfiriato constituye el principal soporte masivo de difusión y publicidad de una serie importante de representaciones insignes de "lo mexicano", instaurando con ello un imaginario particular alrededor de temáticas nacionalistas que determinaron los rasgos más significativos de la cultura nacional hasta hoy vigente.

Ahora bien, el descontrol social que produce la foto resulta ser consustancial a la instrumentalización política que esta vive a lo largo del Régimen. Esto último, debido a que los procesos de racionalización de la esfera pública son indisociables de la demanda de sentido que la sociedad necesita, una vez los códigos cívicos tradicionales fueran reescritos por la modernización. En México, la demanda de sentido fue, ante todo, una demanda de comprensión del discurso porfiriano, obligando al Régimen a tener que producir sistemas de interpretación eficientes y prácticos, acordes a los nuevos campos perceptivos que la modernidad paradójicamente iba abriendo.

Así, la tarjeta postal se convierte en un elemento estratégico para sintetizar las pretensiones propedéuticas del Régimen, las que tienen por objeto no sólo la concientización de públicos internos, sino también la gran demanda internacional por lo exótico y lo local promovida por la naciente industria del turismo. Y es que, además de ser masiva y barata, la imagen postal posee la característica distintiva de estar determinada a viajar. Por tanto, depende directamente de la gestión del Estado, de los protocolos de la institución de correos, y de la eficiencia y seguridad de las redes de comunicaciones que conectan al país con el mundo. Esto último resulta relevante, puesto que las primeras imágenes postales referidas a México son producto de fotógrafos extranjeros que buscan, en sus viajes de aventura, capturar escenarios pintorescos, atípicos y retener en ellos la especificidad local desde una mirada no comprometida con los procesos de modernización. Digamos que se trata, en un primer momento, de una mirada extranjerizante y prototípica que, durante el porfiriato, se institucionaliza gracias al impulso de los discursos compensatorios de la

tradición, retornando al imaginario nacional como un registro fundamental de reconocimiento de lo típico y lo propio.

De este modo, el estudio de la tarjeta postal resulta de vital importancia en un periodo de fuerte normatividad estatal como lo fue el porfiriato. Este medio representa un instrumento para indagar los modos en que el Estado, bajo el concepto de progreso y modernización estatal, institucionalizó una serie de bienes culturales y simbólicos, intentando homogeneizar un imaginario nacional compatible con las exigencias modernizadoras que impulsaba el gobierno. En términos generales, su valor epistemológico consiste en representar la estandarización del consumo cultural precisamente en una época que intenta conformar una identidad propia que sea coherente a las disposiciones superestructurales de la modernización. La postal contribuyó significativamente no sólo a autorizar en el discurso estatal *qué, quién y cómo* debían representarse los elementos más significativos de la nación, sino también, desde una perspectiva histórico-cultural, funcionó como un mecanismo de configuración de aquello que hoy podemos reconocer como lo "típicamente mexicano".

BIBLIOGRAFÍA

- GAMBOA, Federico, (1892), *Apariencias*, Buenos Aires, Jacobo Peuser.
- FOUCAULT, Michel, (2003), *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.
- BARTHES, Roland, (1989), *La Cámara Lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Editorial Paidós.
- BAZANT, Milada, (2006), *Historia de la Educación Durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México.
- FLORESCANO, Enrique (Edit.), (2002), *Espejo Mexicano*, México, FCE.
- MASSÉ ZENDEJAS, Patricia, (1998), *Simulacro y elegancia en tarjetas de visita. Fotografías de Cruces y Campa*, México, INAH.
- OSORIO, Alejandra; Victoriano, Felipe, (2009), *Postales del Centenario. Imágenes para pensar el porfiriato*, México, UAM.

Exposiciones y desfiles: representaciones neo aztecas y recreaciones históricas de lo mexicano en 1889 y 1919

Alejandra Osorio

RESUMEN

Existen dos momentos cumbres para el estudio de la representación pública y masiva de la nación durante el porfiriato: la Exposición Universal de París en 1889 y la celebración del Centenario. En ambas instancias se buscaba articular modos de representación emblemáticos de la cultura mexicana dentro de escaparates representativos. Argumentaremos que tales modos de representación deben entenderse a la luz de un espíritu de la época que ciertamente los dota de sentido mas no les resta peso en su calidad de rituales en el seno de un régimen totalitario.

Palabras clave: centenario, porfiriato, pabellón neo azteca, desfile histórico.

ABSTRACT

There are two highlights for the study of the massive and public representation during the porfiriato: the Universal Fair of Paris in 1889 and the Centennial celebration. Both events tried to articulate emblematic ways of representation of Mexican culture. We argue that such ways of representation must be understood in the light of an spirit of an epoch that gives them meaning, nevertheless it doesn't outweighs them as rites of a totalitarian regime.

Key words: centennial, porfiriato, neo Aztec pavilion, historic parade.

A finales de 1800 y comienzos de 1900 la propuesta inglesa de realizar ferias internacionales para admirar productos, avances tecnológicos y cultura de otros países, cobra relevancia en el marco vertiginoso de un